

LUIS GUSMÁN

NO QUIERO DECIRTE ADIÓS



Gusmán, Luis

No quiero decirte adiós / Luis Gusmán. - 1a ed.
- Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Edhasa, 2023.
240 p. ; 22,5 x 14 cm.

ISBN 978-987-628-709-8

1. Literatura Argentina. I. Título.
CDD A863

Diseño de cubierta: Juan Pablo Cambariere

Primera edición: abril de 2023

© Luis Gusmán, 2023

© del prólogo Matín Kohan, 2023

© de la presente edición Edhasa, 2023

Diputació 262, 22 1°
08007, Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2° piso C
C1054AAT Capital Federal
Tel. (11) 50 327 069
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-987-628-709-8

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por Oportunidades S.A.

Impreso en Argentina

Esta edición de 1.000 ejemplares de *No quiero decirte adiós*, de Luis Gusmán, se terminó de imprimir en Oportunidades S.A., en marzo de 2023.

Hay quienes oscurecen las aguas para que parezcan profundas.

Nietzsche

*Si yo hubiera muerto una hora antes de este suceso
habría tenido una vida feliz...
Como quien ha ensayado ya su muerte
y desprendese de lo que estima más.
Como si de algo fútil se tratara.*

Shakespeare

Índice

Primera parte	11
Segunda parte	71
Tercera parte	107
Cuarta parte	141
Quinta parte	185
Sexta parte	215

Primera parte

Walenski tenía un secreto. Ni su amigo Doré lo sabía. Hacía unos meses había conocido a una dominicana. Había ido a Constitución a la peluquería El Oso a comprar anabólicos para el gimnasio porque muchos clientes los consumían y era uno de los atractivos de Planeta Cuerpo. Él los deploraba, pero para el dueño eran parte del negocio.

Se habían mirado. La mujer después le juraría que nunca se olvidaría de los ojos negros del que ni siquiera sabía su nombre. Él le diría algo parecido de sus ojos grises. Los dos coincidían en que por ser la primera vez se saludaron efusivamente; quizás, como recién se conocían, creyeron que ese momento duró más tiempo del que realmente transcurrió.

Rodrigo, el peluquero, también dominicano, le daba dinero a cuenta de Jonatan, así se llamaba el marido de la mujer que conoció Walenski.

Se habían encontrado esa tarde noche en la peluquería a la hora en que el barrio se pone más denso. Cuando la vio salir y guardar el dinero en su bolso,

caminó detrás de ella. A unos metros se le acercó un hombre con intención de robarle o manosearla. Walenski la abrazó. A él, lo empujó y le dijo: “Perdete ya mismo”. Su tono y su corpulencia fueron convincentes para que el intruso obedeciera.

Ni bien el hombre desapareció, Walenski dejó de abrazarla. Pero la mujer con un gesto para él desconocido, quién sabe si para ella, lo volvió a abrazar como si el peligro siguiera presente.

Mientras caminaban comenzaron una conversación cotidiana. Ella seguía abrazada como si necesitara protegerse, no de ese momento sino de cosas del pasado.

Se sentaron en un bar de la estación Constitución a tomar café. Él eligió el lugar porque después tomaría el tren para Avellaneda. Pero las cosas no resultaron así y sin que se lo propusieran entraron en una intimidad de una corriente intensa, y cada uno empezó a contar cosas de su vida. Lo cual no era habitual en ninguno de los dos. Conversaban con tal entusiasmo que se olvidaron siquiera de preguntarse cómo se llamaban.

—Walenski —dijo, cuando ella le preguntó.

—Noelia —respondió la mujer, risueñamente, en el momento en que le tocó decir su nombre.

Hacía dos años que Noelia vivía en Buenos Aires y uno, en que su marido, Jonatan, se había ido. Le contó que quedaba Joel, el hermano, y que eran mellizos.

—¿De qué trabajan?

—Los dos son peluqueros.

—¿Son parecidos?

—Hasta yo, los podría confundir.

—¿Y cómo te das cuenta?

—Por el alma.

—¿Lo ves a tu cuñado?

Las respuestas de la mujer ya lo intimidaban, y lo que siguió diciendo, se lo confirmó.

—Poco. Es como si estuviera Jonatan, pero yo sé que no es él. Mi marido es tan bueno como irresponsable. Dios al final lo va a perdonar. En cambio, a Joel lo condenará.

—¿Sos creyente? —le preguntó Walenski.

—Evangelista.

Él la miró. Su cara no coincidía con tanta espiritualidad.

La mujer como leyéndole el pensamiento, le dijo:

—Me ayudaron mucho. No es fácil esta ciudad siendo dominicana. Enseguida piensan que sos una puta.

Era una joya extraña. Cuando ella le contó que tenía dos hijos, él le preguntó.

—¿Por qué no te volvés a tu país?

—No tengo dónde volver.

Cuando se dio cuenta de que, a pesar de estar sentados, ella todavía le tomaba el brazo, le dijo:

—Podríamos volver a vernos.

—Me gustaría —dijo Noelia.

—En otras circunstancias.

—Entiendo que en otro lugar.

—Sí —respondió él, sin entender bien lo que había entendido.

La llevó con un taxi a San Telmo hasta la puerta del edificio de departamentos donde ella vivía. Siguieron conversando, no se podían separar.

—Están mis hijos —dijo Noelia, disculpándose.

—Yo me vuelvo a Avellaneda —respondió él.

—Y vos, ¿de qué trabajas? —le preguntó ella.

Él se demoró en responder. Hacía tanto tiempo que nadie le hacía esa pregunta.

—Encargado en un gimnasio.

—¿Trabajo fijo?

—Sí.

—Eso es bueno. ¿Tenés hijos?

A él la pregunta lo sorprendió.

—Ni mujer, ni hijos.

—Pobre.

—¿Por qué?

—Debes sentirte solo.

—No.

—¿Dónde vivís?

—En el mismo gimnasio, cerca de un río.

—¿Un río?

—Sí.

—Qué lindo.

—Huele a podrido.

—Igual es lindo.

—¿Te parece?

—Sí.

—¿Vendrías?

—Te lo estoy pidiendo —dijo ella y el brillo de sus ojos confirmaron lo que acababa de decir.

—Me gustaría —dijo él.

—No tuve una vida fácil. Sobre todo, después de que mi marido desapareció.

—¿Cuánto hace que estás acá?

—Dos años.

—Parece que fuera más tiempo.

—Soy una mujer que se las tuvo que arreglar sola.

—¿Nos volvemos a ver?

—Dije que sí.

—¿Cómo hacemos?

—Te llamo al celular.

—No tengo.

—Toma mi número, o pasas por la boutique donde trabajo.

—¿Cómo se llama?

—Luna Materna. Ropa moderna para mujeres embarazadas.

—¿Dónde es?

—Por la calle Defensa, antes del parque Lezama. Hay una luna enorme en la vidriera.

—Te digo la verdad, lo que me hace dudar, es que sos evangelista. Les desconfío.

—Los odias.

—Cuando mi madre de leche murió, en el sermón el pastor la llamó: sierva del Señor. Nunca pude olvidarme de esa ofensa.

—En mi país hay un dicho: un ron, es solo un ron.

Walenski sentía que su tonada lo cautivaba, aunque le era difícil entenderla porque hablaba muy rápido, como si cantara.

—No tomo ron, pero siempre hay una primera vez.

Ella le dijo:

—Espero que sea pronto.

Y eso, él lo entendió.

Como si le hubiese leído el pensamiento, los ojos de Noelia, volvieron a brillar.

Ni siquiera había pasado un mes y Noelia comenzó a ir al gimnasio. Primero una vez, después cuando él le dio la llave, dos veces por semana. Ella siempre se las olvidaba, como si diera por hecho de que Walenski la iba a estar esperando.

Desde el primer día en que se cruzaron, vivieron urgidos. Él siempre se sintió amenazado por la idea de que un día Jonatan apareciera, y que Noelia con su marido y sus hijos volvieran a la isla. Así estaban las cosas para ella que estaba por cumplir treinta y ocho años. Walenski, era un solitario. Nunca había vivido con nadie; salvo un tiempo con su compadre Smith que había muerto allá en Tennessee.

A él le costó relacionarse con los hijos de ella. Celeste tenía nueve años y Lucas seis. Se daba cuenta que no sabía tratar con criaturas, simplemente se dejaba llevar. Iban a una plaza cercana a correr y a andar en bicicleta. A su manera, las criaturas se fueron encariñando con él.

Hasta que una tarde, Noelia tuvo que hacer unos trámites de su residencia y se le ocurrió llevarlos antes al gimnasio.

Las dos criaturas por su aspecto diferente, por el tono de su voz, rápidamente conquistaron la simpatía de las mujeres que iban llegando a Planeta Cuerpo. Y, además, porque les gustaba llamar la atención. Las clientas terminaron ofreciéndoles golosinas y gaseosas.